

Los años cincuenta

Una década fundamental

Alejandro Mendible Z.

Como en otras épocas de transición de la humanidad, surge entre los historiadores la tentación de buscar en el pasado explicaciones que les permitan comprender su presente. De esta manera, se observa cómo se viene renovando el interés por el estudio del período de la postguerra, particularmente de la década del 1950. Esta década es considerada como un momento importante de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, y también como representativa de la modernidad, del «nuevo tiempo», en el plano de realizaciones materiales: del progreso mediante la divulgación entre la población civil de muchos de los inventos de transformación tecnológica alcanzados durante la guerra; del mejoramiento de las condiciones de vida para grandes sectores de la población, muy especialmente, en Estados Unidos donde el «sueño americano» se convirtió en el modelo de modernización occidental. Pero para América Latina resultó un período de contrastes, en su mayor parte negativos, debido a que la potencia dominante le dio prioridad en su ayuda económica a Europa (Plan Marshall) y negligenció sus promesas de ayuda contraídas con sus vecinos del sur durante la guerra.

El Tío Sam después de la guerra acentó su rol de centro capitalizador de las economías extractivas latinoamericanas. Para efectos publicitarios anunciaba como un éxito particular la manutención de una baja inflación y de altos niveles de empleos que le daban una sensación de bonanza autosostenida de crecimiento. Sin embargo, en la práctica, su bienestar era sostenido por su supremacía mundial. En 1947 el 75% de las exportaciones de capital fue realizado por diez grandes corporaciones norteamericanas¹. En 1949 poseía el 73% de las reservas de oro y más de la mitad de la capacidad industrial de todo el mundo capitalista, y sus inversiones privadas en el extranjero al-

canzaban los 19.000 millones de dólares, lo que representaba más de la mitad del total de las inversiones extranjeras en el mundo².

Los Estados Unidos, dotados de un poder de tales magnitudes, se convirtió en el centro de referencia de un intercambio desigual con las economías latinoamericanas. Sectores progresistas partidarios de los cambios sociales mediante la industrialización y la modernización, durante la Administración de Franklin D. Roosevelt y su política del Buen Vecino, pensaron que después de la guerra vendría una ayuda efectiva de Estados Unidos como compensación por la posición colaboracionista de Latinoamérica durante el conflicto. Pero en 1945, al finalizar la guerra, se evidenció la cruda realidad. En la reunión de Chapultepec, en México, los representantes norteamericanos dejaron claramente expresado que les importaba muy poco el desarrollo industrial del área. La percepción desde Washington de un mundo amenazado por el comunismo determinó la Guerra Fría y le permitió justificar su política de desdén por la región, dejándola como su «patio trasero». Revisando el período, todavía merecen destacarse, primero, el célebre discurso de W. Churchill, en la Universidad de Missouri, donde expresó que «desde Stetlin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha descendido un telón de acero»³. Después, el comentado señalamiento de Foster Dulles, el prepotente Secretario de Estado, cuando manifestó que la capacidad para llegar hasta el borde mismo de la guerra sin entrar en ella es el arte que hace falta⁴. Y el anuncio del presidente Harry Truman de su doctrina de enfrentamiento a escala mundial, argumentando la confrontación entre dos sistemas de vida, uno basado en la voluntad de las mayorías, portador de instituciones libres, y otro fundamentado en la voluntad de una minoría impuesto por la

fuerza a la mayoría⁵. Otros eventos que merecen destacarse para evaluar el período serían la caída de China en 1949, la actitud amedrentadora de los sectores progresistas asumida por el Senador Mc Carthy, presidente del Comité de Actividades Antinorteamericanas, la creación de las Naciones Unidas y su utilización como instrumento de la diplomacia norteamericana. Un ejemplo es la guerra de Corea, de gran influencia en las economías latinoamericanas en los 1950.

Varios historiadores del período señalan que la guerra fría en América Latina estuvo dirigida preferentemente contra las fuerzas democráticas y reformistas. La represión de los movimientos reformistas y nacionalistas contribuyó con la consolidación de los regímenes autoritarios, defensores del status quo y portadores de un anticomunismo militante. En Venezuela, Colombia, Perú y Brasil se producen cambios que, a la luz de los acontecimientos actuales, cobran nueva importancia para su estudio. La tendencia histórica del militarismo se manifiesta, pero en esta oportunidad vinculada con una voluntad de modernización. La nueva onda fue impulsada por los generales Pérez Jiménez, Rojas Pinilla y Manuel Odría. En Brasil, también, el fenómeno se manifiesta, pero debido a los impactantes sucesos de 1964, cuando el presidente Getulio Vargas opta por el suicidio, restándole a la cúpula militar golpista sus bases de sustentación, creando las condiciones para el funcionamiento del gobierno desarrollista de Juscelino Kubitschek (1956-1961), el cual puede considerarse como un caso bastante atípico durante el período⁶.

I. EL MILITARISMO DESARROLLISTA: LO VIEJO EN NUEVA FORMA

Los ejércitos latinoamericanos se convierten durante la independencia en el centro nuclear de los nuevos estados nacionales. Después se presentan como la institución organizada de referencia de las nuevas repúblicas. No es casual que los ejércitos acompañen la evolución republicana desempeñando un papel preponderante. Sin embargo, su posición resalante en la sociedad no siempre correspondía con su imagen. En tal sentido, los militares eran vistos por sus compatriotas como violentos, arbitrarios y, en algu-

nos casos, como bárbaros por su inclinación dictatorial. En los 50, la imagen militar adquiere un nuevo añadido, la de defensores del capital extranjero (de las multinacionales) y asociados con la potencia dominante para el control interno de sus respectivos países. Todo esto a la sombra del «paraguas atómico».

El militarismo en sentido general ha significado la dominación de los militares sobre los civiles. Algunos autores lo consideran como un fenómeno vinculado a los residuos culturales de la independencia y al subsecuente desorden imperante entre los civiles durante el siglo XIX. También, se señalan otros factores tales como la ausencia de instituciones alternativas, las crisis económicas, la forma de organización política, los cambios sociales, donde el ejército se convierte en un canal de ascenso procurado por grupos y clases sociales. En los cincuenta se observa la utilización del militarismo como forma de ascenso de sectores de capas medias. Las relaciones civiles militares en algunos países sudamericanos se caracterizaron, primero, porque se manifiesta una nueva capacidad de «gerenciar la violencia», surgiendo los primeros intentos de gobiernos militares con esquemas de desarrollo fundamentados en la geopolítica. Segundo, se hacen intentos de formar un «espíritu de cuerpo» militar diferente, la del militar modernizador y desarrollista. En la práctica, las cúpulas militares impulsan más una política militarizada que una política de las Fuerzas Armadas. Bajo un nuevo contexto nacional e internacional continúa manifestándose la tendencia del pasado de que «los jefes no se eligen sino se imponen», y, tercero, se dan nuevos pasos tendientes al profesionalismo militar mediante un sistema competitivo combinado con evaluación⁷.

Una manifestación que muestra la actitud de los militares contra los civiles, la da el Ministro de la defensa de Venezuela en 1950, cuando expresa: «si grandes han sido los errores cometidos en nombre de las Fuerzas Armadas, y necio sería negarlos, innoble e injusto es quien pretenda señalar culpables tratando de deprimir a la Institución. No es hidalgo quien aspire denigrar a quien no es culpable de haber tenido malos hijos. La retaliación engendra rencores y, sobre base tal, no puede prosperar más que el odio y la anarquía. Si culpables dio la organización armada,



Pérez Jiménez crea las bases de la doctrina del Ideal Nacional sobre tres aspectos: la tradición histórica, los recursos naturales y la ventajosa ubicación geográfica del país.

fuerza es conocer la culpa sin límites del político inescrupuloso.[...] La institución se basta a sí sola para salvar sus posibles escollos, sin directrices ni intromisiones ajenas, ella exige que se respeten sus fueros, como ella respeta los fueros que le son ajenos»⁸.

En la nueva onda de dictaduras se observa la vinculación del fenómeno con una nueva variable que es la modernización, constituida por las ideas y valores imperantes en el contexto de la guerra fría ya mencionado. Varios ejércitos sudamericanos asumen una voluntad de aceptar cambios modernizadores pensando en el desarrollo económico mediante el impulso de los procesos de industrialización. Manuel Sepúlveda califica esta nueva manifestación como la expresión de un tipo de «militarismo desarrollista», caracterizada por una nueva forma de dictador apoyado en la mayoría de los casos por grupos militares, inversionistas extranjeros, algunos sectores de la clase obrera organizados en sindicatos oficiales y el lumpen-proletariado.

La nueva modalidad dictatorial presenta las siguientes características: primero, el gobierno fue dominado por un caudillo, proveniente principalmente del Ejército, mientras que la Fuerza Aérea y la Marina no proporcionaron ningún dictador en el período; segundo, el caudillo tendió a dar, en algunos casos, los primeros pasos hacia la industrialización, y su política tuvo una orientación marcadamente urbana; en materia agraria, pese a no contar con la simpatía de la oligarquía, tendió a mantener el status quo; tercero, los dictadores populistas promovieron la creación de sindicatos controlados por el gobierno y se manifestaron francamente partidarios de la inversión extranjera, especialmente en productos primarios, como un medio de obtener el desarrollo; cuarto, la propiedad privada fue considerada el motor de la economía; quinto, el

Estado no asumió un papel destacado en la creación de industrias, limitándose a ofrecer garantías para el mayor financiamiento de los capitales particulares (en este punto, el perezjimenismo, en Venezuela, aparece como una manifestación atípica por cuanto fortaleció el capitalismo de Estado); y, finalmente, las relaciones con Estados Unidos fueron estrechas⁹.

II. LA MODERNIZACION COMO PANACEA

En varios de los países sudamericanos los gobiernos, durante la década de 1950, intentaron una modernización impulsada desde «arriba», desde las instancias oficiales, con muy poco asomo de conciencia social, al servicio de la acumulación de capitales de las clases dominantes externas e internas, sin descontar que el grupo gobernante tenía sus propios proyectos sobre el desarrollo y fortalecimiento de la nación, como la instalación de las industrias básicas y la creación de infraestructura. Actividad estatal enorme y costosa, útil y suntuaria, que abarcó la construcción de obras de indudable méritos y otras faraónicas, vacías de contenido social y necesarias únicamente para otorgarle status al grupo gobernante. El general Manuel Odría en Perú, bajo el lema de «hechos y no palabras», emprendió la construcción de grandes edificaciones. Entre ellas destacan los destinados a los Ministerios de Educación, de Hacienda, de Trabajo y Hospital de los Seguros Sociales. Rojas Pinilla establece un militarismo reformista, a través del cual se promueve el desarrollo económico y las reformas sociales. Pérez Jiménez crea las bases de la doctrina del Ideal Nacional sobre tres aspectos: la tradición histórica, los recursos naturales y la ventajosa ubicación geográfica del país. Juscelino Kubitschek, bajo el lema de «cincuenta años en cinco», construye la nueva capital,

Brasilia, e impulsa un programa de modernización, el cual es citado como el modelo más representativo del desarrollismo durante el período.

La influencia de modernización norteamericana, que de manera dominante representa los valores occidentales, no solamente se impone por la desproporcional fuerza que representa en relación a los países latinoamericanos, sino también porque en ese país sus universidades y centros de investigación en general permiten la investigación del tema del desarrollo. También, merece destacarse cómo los científicos sociales estadounidenses, trabajando a menudo para gobiernos u organismos internacionales, como la ONU, y contando con subsidios de apoyo, desarrollaron la teoría del cambio para exportar al Tercer Mundo. Se considera que el subdesarrollo es una etapa de transición hacia el desarrollo. Estos estudios e investigaciones sobre el desarrollo, vinculándolo a la búsqueda de la modernidad en general, se popularizarán y alcanzarán divulgación masiva en la década siguiente¹⁰. Algunos nombres como W. Arthur Lewis, David C. Mc Clelland, Saymon M. Lipset y particularmente Walt W. Rostow alcanzarán notoriedad y fama planteando el cambio, no comunista, hacia la modernización de las regiones «atrasadas» del tercer mundo. Los estudios planteaban el imperativo de seguir los pasos de desarrollo de los países industrializados. Rostow popularizó la teoría del despegue, donde las sociedades en desarrollo adquirirán mayor impulso para el cambio hacia la industrialización¹¹.

La industrialización se aceptó como la palanca a utilizar para alcanzar la modernización. En la aceptación de este hecho también coincidieron los intelectuales marxistas. Estos creían firmemente que el país que está más desarrollado industrialmente sólo muestra al menos desarrollado la imagen de su propio futuro. La nueva panacea era la industrialización. La ecología, la contaminación ambiental o los límites del crecimiento eran temas que no aparecían en los tratados del desarrollo todavía.

En la década del cincuenta se establece un debate entre los intelectuales progresistas, en relación al desarrollo capitalista en América Latina. La polémica se prolonga en las décadas siguientes y toma cuerpo doctrinario en la teoría de la dependencia. La teoría enfatiza las razones

históricas limitantes en nuestras sociedades para aceptar la transformación capitalista, perviviendo modalidades semifeudales. No obstante, los dependólogos aceptan la industrialización como el agente apropiado para introducir la modernización. A otro nivel del análisis, se reconoce la ausencia de una burguesía nacional que pueda dirigir el proceso de transformación capitalista industrial como en los centros metropolitanos y por tal motivo se le adjudica al Estado el rol de coordinar el proceso.

La transformación se pensaba dentro de los moldes del Estado nacional. Y el proceso se entendía primordialmente como un desarrollo de las bases materiales, de las infraestructuras. Pero no se consideró y/o previó cómo los cambios actuarían en la transformación del sistema de «valores» culturales. Hoy sabemos que en muchos casos los cambios materiales inducidos en el período incidieron poco en el mundo de la vida. En todo caso, los distorsionaron. Se acentuó un desarrollo desigual entre los diferentes países y dentro de ellos se reprodujo la desproporción entre las regiones, así como entre el campo y las ciudades. Se opera, en síntesis, un crecimiento económico sin desarrollo.

III. LA BUSQUEDA DE SU PROPIO RUMBO

América Latina hoy se encuentra sumida en una crisis histórica sin precedentes. Su propia sobrevivencia como identidad diferenciada se encuentra amenazada por fuerzas tecnológicas, económicas, etc., que están más allá de su control. Nuevamente, Estados Unidos relega la región argumentando prioridad en otras áreas del globo en la construcción del nuevo orden internacional. Pero en esta oportunidad aparecen respuestas concebidas dentro de la propia región, creando una coyuntura bastante diferente a la presentada en los cincuenta. Por ejemplo, la viabilidad del Mercosur, actualmente repotenciada con la aspiración de ampliarlo con un Merconorte y la posibilidad de crear un mercado sudamericano cuyo centro de articulación lo constituiría el hinterland del continente, la región amazónica¹². De allí que Brasil juegue un papel importante en el actual proceso.

Por otra parte, en la última década del siglo, asistimos a cuestionamientos de

grandes proporciones, de las creencias y fundamentos que se tenían como ciertos durante la preguerra. También, tendencias que se consideraban inamovibles, hoy nos sorprenden con nuevas manifestaciones. El militarismo ya no cuenta con el apoyo de la potencia del Norte, las élites dominantes toman distancia respecto de las ideas básicas de la modernidad y el progreso, entrando en la nueva onda de la posmodernidad. Se intuye el surgimiento, por lo menos en Suramérica, de algo nuevo. El presente nos parece confuso, pero la comprensión del pasado puede ayudarnos. En ese sentido la década de 1950 es fundamental para comprender el desentendimiento con Estados Unidos y el inicio de un perfil sudamericano independiente.

NOTAS

1. Anibal de León. «Truman, La guerra fría». *Historia de América en el siglo XX*. N° 23. p. 228.
2. *Ibidem*.
3. Norman A. Graebner. *Cold War Diplomacy 1945-1960*.
4. *Ibid*.
5. *Ibid*.
6. Silvia Galvis y Alberto Donadio. *El jefe supremo. Rojas Pinilla en la violencia y el poder; Felicitas López Portillo, El pérezjimenismo: génesis de las dictaduras desarrollistas; Julio Cotler, Nueva historia general del Perú*.
7. Sobre profesionalismo militar vide: Samuel P. Huntington, *The soldier and the state*. También: Amos Perlmutter, *The military and politics in modern times*; Karen Remmer, *Military rule in Latin America*; J.J. Johnson, *The role of the military in underdeveloped countries*, y Alain Rouque, *The military and the state in Latin America*.
8. Gen. Castro-León, en el programa de T.V. «Venezuela conoce a tus Fuerzas Armadas». [en] *Revista de las Fuerzas Armadas*, nos. 141, 142, abril-mayo 1950. p. 3.
9. Arturo Sepúlveda. «El militarismo desarrollista en América Latina». [en] *Foro Internacional*, vol. XIII, julio-sept. 1972. N° 1, p. 45.
10. Sobre modernismo vide: Nicolás Casullo, *El debate modernidad posmodernidad*; Agapito Maestre, *Modernidad, historia y política* y Pietro Bracellona, *Postmodernidad y Comunidad*.
11. Rostow, *The stages of economic growth. A non-communist manifest*. Cambridge, 1960.
12. Fernando Mires, *El discurso de la naturaleza*.